

24
do go



NDPC (Domino), de marzo 1981, p. 3

María Zambrano
en el recuerdo

Gregorio Zoleto

María Zambrano en el recuerdo

Oír a María Zambrano, una de las más bellas, misteriosas y profundas voces de la lengua castellana, era como encontrarse en una plaza de Atenas, cuando por allá platicaban Sócrates, Platón, y Aristóteles



La escritora española María Zambrano, brillante discípula de Ortega y Gasset, en una fotografía tomada en Roma en el año 1960.

Acaba de morir en Madrid María Zambrano, una de las más bellas, misteriosas y profundas voces de la lengua castellana. Su palabra hablada y escrita, ilumina múltiples interrogantes de la filosofía contemporánea de forma original.

La magnitud de su obra no fue correspondida en mucho tiempo, por la fama que mereció y que solo al final de su vida, de alguna manera alcanzó, confirmando una regla: los más famosos, casi nunca son los mejores, y todavía otra: el genio femenino, difícilmente rompe el silencio del poder cultural masculino, imposible casi, si se trata de filosofía, pero al que admiraba, y para recordar solo rito del hombre, y para recordar solo algunas creadoras, menciono a las pioneras Goncharova, Sonia Delaunay y Amelia Peláez y a la gran escritora cubana Lidia Cabrera.

No solo por ser mujer, el pensamiento y la escritura de María fueron discriminados: muy joven, brillante discípula de Ortega y Gasset, luz y sombra de tantos grandes pensadores españoles, maestro al que admiraba, aun si su pensar y escribir son otros, y cuando España veía un renacer cultural, que superaba el 98, y que antecede, coincide y es asesinado con la República, por el franquismo, aquel su grito bárbaro: "muera la cultura" que acabó fuscamente con Lorca, Miguel Hernández, y que dispersó por el mundo a Jorge Guillén, Picasso, Julio González, Miro, Casals, Juan Ramón Jiménez, Buñuel, Salinas, Alexandre, Falla, Cernuda, Alberti, Casona; que silenció a Ortega y a otros que allí quedaron, sin que olvidemos a Huidobro, García Torres, Borges, Neruda, Paz, Vallejo y otros que como Dario antes, renovaban la lengua y la cultura, en el momento en que los americanos nos reconciliábamos con la España de la libertad, contra el franquismo, continuación de la colonia y de nuestro caudillismo militante.

Si perder la patria es grave para todo ser humano, lo es más aun para el escritor, el artista y, lo fue, para María Zambrano. Ella no encontró otra patria, como los que fueron a México o a la Argentina, y aun si se enamoró de Cuba, mas le ofreció Puerto Rico, pues la mediocridad intelectual cubana no ofreció ni a ella, ni a Juan Ramón Jiménez, ni a Breton, Leeb y otros surrealistas y exilados del fascismo europeo, las catedráticas definitivas y facilidades para su trabajo creativo. Allí la acogida a María la ofrecieron Lezama, Puerta y otros, cuyo valor artístico no era poder cultural, eran mas bien exiliados en su propia patria.

Cuba se privó de recibir aquella oleada de lo mejor de España, que en otros países hermanos impulsó universidades, ediciones, revistas, libros, investigaciones, arte y cultura.

Ser filósofa, ser mujer, ser exiliada y ser pura (como a Diógenes, a María le interesaba la luz, no el poder, ni el dine-

no), fueron, entre otras, las causas de un muro de silencio que le hizo difícil la vida, pero que no pudo impedir que el valor y belleza de su pensar y escribir, su mirar más allá de las trampas de la idea y de la imposible síntesis filosófica, que quiere encerrar al universo y los hombres en una definición, dios del pensamiento y la verdad, que aun si grandes, mueren de cabeza y de rodillas, ese mundo de María, donde lo poético y lo filosófico no discuten reinos, confluyen en misterio, luz y belleza, que su palabra escrita y hablada fue penetrando, y a su regreso a Europa: Francia, Italia, Suiza, fue escuchada y leída y al final de su vida y a su regreso a España, ella, la última exiliada, sintió no solo la admiración de unos pocos, sino también la respuesta, el diálogo que su obra merecía.

Oír a María, era como encontrarse en una plaza de Atenas, cuando por allá platicaban Sócrates, Platón, Aristóteles; olvidaba uno estar en Ginebra, en el mundo, fascinados por su voz y su sabiduría; si acaso podía mirar a su fiel y humilde Mariano, que parecía escaparse de un cuadro de Velázquez o Goya.

Puedo decir sin vanidad, (lo digo con humor caribe, ¿quién cambiara la patria por el mundo?), que he conocido a casi todos los genios de la tribu: Picasso, Stravinski, Sartre, Heidegger, Miró, Calder, Calvino, Neruda, Paz, Breton, Le Corbusier, Genet, Milos, Weiss, Césaire. Nunca he oído una palabra como la de María, escucharla era oír y sentir a la filosofía en persona.

La luz griega, madre de aquella filosofía, luz más hablada y escrita que pintada; que ilumina, no mata; insuperada aún, inspiró a María, que supo mirar la luz de su tiempo, de su espacio, filtrada y decifra, en algunos de sus libros, como "Claros del Bosque", búsqueda-encuentro que devela la luz: física, espiritual, poética, metafísica.

Fueron muchas las miradas de María: a los libros, a la pintura, a la vida, a la naturaleza, a la filosofía, a España. No pienso que es ajena a su iluminar nuestra luz, la de La Habana y San Juan de Puerto Rico, y al decir mirar, digo oír, sentir, reflexionar. Si ella perdió la patria física, ganó una patria espiritual americana, caribe, y a su regreso a Europa, en su permanente meditación, encontró nuevas casas: Roma, París, Nápoles, Ginebra, al fin Madrid.

Fue la última exiliada en regresar, como si intuyera que el exiliado no encuentra más el perdido mundo, aun si libre. Enferma, pobre, su intuición le hizo desafiar el peligro de encontrarse a su regreso una España desconocida, que ignoraba su obra, con la excepción de algunos como Valente, Ullán, Aranguren, Sabater, Cela; le quedaba energía para el último combate y sin duda que lo ganó.

España la recibió tarde, pero bien; la

María Zambrano en Segovia a la edad de 15 años.



reconoció, le otorgó premios importantes como el Asturias y el Cervantes, publicó y republicó casi todos sus textos, le hizo exposiciones y homenajes y, allá en el pueblito donde naciera, en Vélez, prepararon la casa de la hija pródiga y ausente; ella fue a Madrid, en un apartamento de la fundación Ortega y Gasset, donde vivió con dignidad y respeto, sus

últimos años de vida. Me parece que la patria perdida fue reencuentrada. Algunas vez, de pasada, la llevábamos algunos amigos en primavera a pasar por los jardines del Prado y del parque del Retiro, aquellos sus ojos, que Lezama tan bien miro: "Si, la vi con los ojos azules y la sigo viendo con ese color tan español, el azul pálido de la ascensión". Ojos

azules, que nos daban la impresión de algo sobrenatural que se hacía cotidiano, "parecían ser la luz del sur y de Madrid, reflejo, iluminación, mirada y pintura que vieron Velázquez, Picasso y María Zambrano.

No, ella no escribió en el mar, como su sonido y su furia, su voz, su luz, despertaron con la aurora de cada día. ■

6 IN MEMORIAM

La forma de una ausencia

"Lo que usted, María Zambrano, representaba y representa para todos nosotros es difícil de precisar, como son difíciles las cosas que nos han acompañado toda la vida. Usted era y es lo mejor de España"

Una fotografía de María Zambrano en la ciudad de Florencia en el año 1955.



Los siguientes textos son extraídos de las cartas de Lezama Lima a María Zambrano entre los años 1968 y 1976. El último fragmento antecede en solo tres meses a la muerte de Lezama, acaecida en La Habana, el 9 de agosto de 1976. La selección y la ordenación de los textos, así como el título a que estos se acogen, se deben a José Ángel Valente.

"2 8 de junio de 1968. Han sido años de soledad los que nos han embestido y han dejado sobre nosotros desolaciones y tristezas, pero todo ese símbolo aludía, como usted escribía unas páginas tan ricas en la evocación. Esa Habana de 1936, que evocaba, tiene en todos nosotros muy especiales y diversas resonancias. Eran años que se iban a diferenciar de la sucesión de los años. Lo que usted representaba y representa para todos nosotros es difícil de precisar, como son difíciles las cosas que nos han acompañado toda la vida. Usted era y es lo mejor de España. Era Ortega: La Revista de Occidente, un gran momento de poesía, de *sympathos* inteligente que llegaba de España y se volaba de nuevo en nuestras páginas. Siempre la veremos así, como una representación, yo diría como una aparición, de lo mejor. Por el sufrimiento, por hacer que el hombre trascienda en el mundo de la divinidad, por ese convencimiento, que aparece en la cultura china, de que el hombre tiene siete intenciones en su vida, esclarecidas por siete reencarnaciones. Por eso, sus páginas sobre Antígona nos tocan en lo más hondo y verdadero de nosotros; el cumplimiento de un

destino más allá de la muerte, como el *fatum*, es la mayor ayuda del hombre.

Tu carta me hace comprender el mundo angustiado en que vives, en que vivimos. Rolescos de inmensas destrucciones, nos sentimos a veces como inermes y castigados en exceso, pero tú, mi querida amiga, eres de la raza de los resurrectos, estás siempre en vida. Ya en Roma o en esos ventisqueros suizos, como Nietzsche, o por los alrededores de París, te has convertido en un ente de imágenes: sueñas y te soñamos.

Hacia abril de 1975. Cada cual encontrará la línea que separa a sus vivos de sus muertos y a veces esa línea desaparece. Y entonces volvemos a los comienzos, a los orígenes, donde ya veníamos del no existir.

7 de abril de 1975. Usted a mi también se me presenta y tengo la vivencia de años de mi vida que han permanecido como encastillados en el tiempo. Creo que nos burlamos un poco del espacio que nos separa y, como en las exstasis de San Benito y Santa Escolástica, acudimos volando a reunirnos en una noche cargada de electricidad tempestuosa.

31 de diciembre de 1975. Su carta, mi muy querida amiga, revela la raíz luminativa que resume su vida y su escritura. Sí, la vi con los ojos azules y la sigo viendo con ese color tan español, el azul pálido de la Ascensión. Y así la veo siempre en esa ascensión que ha sido su vida. Formada en lo profundo para esa soledad que usted ha sabido resistir. Pues, en realidad, siempre la sitúo en aquellos años en los que nos veíamos con tanta frecuencia que nuestra conversación parecía no interrumpirse sino ser una continuación invisible en la que no se nos esca-

laban ni los corderos blancos ni los negros, cuyos sacrificios sirven para penetrar en los infiernos, según las viejas lecturas odiosas. Pero entonces la veía en su presencia, ahora la veo en su transfiguración, en la otra figura que todos somos y que pocos logramos ver pero usted lo ha logrado, vivir en los dos planos en algo que pudieramos llamar sobrenaturalidad como si estuviera y no estuviera en estrecha relación una cámara con la otra. Es lo que hace ya muchos siglos, los benedictinos llamaban la sobria ebriedad del espíritu, que nos permite la comunicación del Eros estelar con Gea, la devoradora.

Desde aquellos años está en estrecha relación con la vida de nosotros, eran años de secreta meditación y desvelada expresión. La veíamos con la frecuencia necesaria y nos daba la compañía que necesitábamos. Eramos tres o cuatro personas que nos acompañábamos y nos disimulábamos la desesperación. Porque, sin duda, donde usted hizo más labor de amistad secreta e inteligente fue entre nosotros. De ahí empezamos ya a verla con sus ojos azules, que nos daba la impresión de algo un tanto sobrenatural que se hacía cotidiano. Yo recuerdo aquellos años como los mejores de mi vida. Y usted estaba y penetraba en la Cuba secreta, que existirá mientras vivamos y luego reaparecerá en formas impalpables tal vez, pero duras y resistentes como la arena mojada.

No crea que he dejado de verla con su azul pálido. A través del tiempo he aprendido a mirarla como algo que está y no está, y que se nos presenta como una lejanía. Usted ha sabido cultivarla y habitar esa lejanía que le da algo estelar y como de llegada en los momentos más difíciles. ■

Antes de la guerra civil, allá por el 33, el 34 y el 35, o sea, teniendo yo diecisiete, dieciocho o diecinueve años, estuve enfermo, incluso gravemente enfermo, y me refugio en la lectura, no sé si para combatir el tedio o para propiciar la esperanza. Fue por entonces cuando me tragué el Rivadeneira, *El Espectador* de Ortega y los poemas del 27 y Unamuno, los Machado y Juan Ramón, de los que tuve noticia por la primera Antología de Gerardo, la de Sigüra, 1932; mi descubrimiento del Quijote y de *La Celestina* fue algo más tardío y coincidió, sobre poco más o menos, con mis primeros encuentros con la generación del 98, cuyas novelas me deslumbraron, sobre todo las de Valle Inclán y las de Baroja, y con las literaturas foráneas, con Dickens, Dostoyevski y Nietzsche a la cabeza. A la literatura pasó desde la subliteratura —Salgari, Dick Turpin, Bufalo Bill— sin solución de continuidad y quizá también sin darme cuenta. A mí me parece que esto debe ser como las drogas e incluso como el crimen, que probablemente son situaciones de las que uno no se entera hasta que está metido en ellas de hoz y coto.

Yo entonces componía versos y empecé a frecuentar, no sin cierta timidez, los ambientes literarios. Las tres personas que más me ayudaron en mis comienzos fueron María Zambrano, Pedro Salinas y Pablo Neruda. A casa de María me llevó Carlos Díaz Fernández, que estaba casado con Araceli, la hermana de María, que era una mujer bellísima y de porte muy escultórico; Carlos Díaz era mi médico y después andando los años, fue el médico del manicomio Zúbarán, en Stalengren, Carlos Díaz me enseñaba el neumotórax en su casa de Zúbarán, equivoqué a Zúbarán (cito de memoria y a lo mejor me equivoco) y Araceli me trataba con mucha generosidad y solía darme café con leche y algún bollo; por aquel tiempo —y también después de la guerra— anduve bastante escorado.

A Pedro Salinas lo conocí preguntando por él en la Junta de Ampliación de Estudios, en la calle de Medina-Celi; me recibió con paciencia, estuvo conmigo muy amable, me invitó a asistir a sus clases de literatura española contemporánea y me corrigió de su puño y letra unos versos míos primeros que fue una lastima que se perdieran en la guerra civil porque serían ahora un cabal testimonio de la bondad y la cordialidad del poeta.

En la clase de Salinas en la facultad de filosofía y letras tuve dos compañeros con los que íntime enseguida: Ibarra, me recordó su nombre de pila, que era un músico nicaragüense que no sabía solfeo pero tenía mucha inspiración, y Luis Enrique Delano, que era secretario del consulado de Chile y que me presentó primero a Gabriela Mistral y después a su sucesor, Pablo Neruda. La Mistral, que parecía un voluminoso cacique indio, no me hizo ni caso y de ella, siempre en chancletas y arrastrando sus arrabios por el jardiñillo de su casa de La Guindalera (o de La Prosperidad), no guardo un buen recuerdo; no deja de ser curioso que aquella mujer que parecía una abada, fuera capaz de escribir unos versos tan delicados y espirituales.

Pablo Neruda vivía en la Casa de las Flores, esto lo sabe todo el mundo, y conmigo fue siempre amable y cordial. Pablo me regaló varios libros suyos dedicados, yo le presté a María Zambrano y que desaparecieron al terminar la guerra, cuando tiraron su biblioteca por la ventana. El único que conservo dedicado es el brevísimo *Homenaje* que le ofrecieron sus amigos los poetas y que incluye los *Tres cantos materiales*, Plutarco, 1935, que figuraron después en el volumen *Id de Residencia en la Tierra*, Cruz y Raya. Ediciones del Arbol, también 1935.

María Zambrano vivía en el Madrid viejo, en la plaza del Conde de Barajas, en una casa acogedora y llena de libros. A los amigos nos recibía los domingos por la tarde y nos daba una taza de té. Yo asistía atónito a su tertulia,

Lejanos recuerdos



María Zambrano, profunda voz de la lengua castellana, en su domicilio de Madrid en 1969.

en la que conocí a Miguel Hernández de quien me hice buen amigo aunque tenía ses años más que yo; en unas paginas que dediqué al escultor Cristiano Mallo ya dije dicho que nos íbamos a bañar a La Poveda. María me daba mucha beligerancia y hasta me dejaba hablar, no así todos sus contertulios, a algunos de los cuales diagnosticaba de pedantes y engolados sin mayor esfuerzo. La verdad es que descubrí muy pronto que en los ambientes literarios, además de personas honestas, inteligentes y trabajadoras, también hay mucho yullo devoto y grandilocuente; este tipo de zascandil a lo divino suele darse más entre poetas que entre prosistas y, bien mirado, es lo de menos porque la literatura puede con todo lo que le echen.

A María le cobré gran cariño nada más conocerla porque era una mujer sensible, de tierno corazón, inteligencia aguda y alma permeable. María y yo nos tratábamos de usted porque entonces las costumbres eran otras

y más respetuosas, y no nos tuteamos hasta su carta de 10 de junio de 1963. Cuando la vi en Ginebra el año pasado me regaló la fotocopia de unos versos míos del año 34, muy influidos por Juan Ramón en el espíritu y por Alberti en la forma, que es posible que no se publiquen jamás porque no añadían nada a nada. Lo que sí es posible que va a la imprenta algún día —si ella me autoriza a hacerlo claro es— son las cartas que nos cruzamos.

A María la vi por última vez en Ginebra, en su piso de la avenida Stöckhorn, el 16 de junio de 1980, me acompañó en su coche la señora del doctor Francisco Infante, a quien los amigos llamamos Juaní. María y yo estábamos tan emocionados que no acertábamos a decir nada; después cuando nos fuimos haciendo a decir nada, que efectivamente, éramos nosotros, la cosa fue ya más fácil y, al final, cuando me acompañó hasta la puerta, a poco más lloramos. ■

Zurbarán por Zambrano



San Serapio, óleo de Francisco de Zurbarán.

La siguiente nota fue escrita por Zambrano para la revista "Educación", de Puerto Rico, la cual lo publicó en su número 15, de 1965.

Nació el pintor Francisco de Zurbarán en Fuente Cantos (Extremadura), en 1598. Contemporáneo, pues, de Velázquez, de quien sólo un año le separa en la fecha del nacimiento; contemporáneo, pero a mayor distancia, de El Greco, por no citar a otros grandes que, aun gloriosos, no han sido considerados en el mundo como pares de estos tres, que vienen a ser como tres puntos de referencia, tres dimensiones universales de la pintura.

De los pintores de aquella hora de grandera —hay luego un cuarto, Goya, en la hora de la borrasca y de la humillación— Zurbarán ha sido hasta hace poco el menos conocido, el más preservado de modas e interpretaciones estéticas. Se diría que los estetas no han podido con esta pintura por algún motivo que debe ser al mismo tiempo su secreto. Mas antes de tocar siquiera ese secreto se aparece en seguida la razón de esa indiferencia y aun desatención con que los amantes y aun meditados del arte de la pintura han pasado delante de la obra, inmensa, enigmática, llena de misterio de este pintor del que tantos hoy por oficio tendrían que ocuparse.

La razón evidente de ese desdoro se encuentra en el primer término, sin duda alguna, en el mundo que la pintura de Zurbarán presenta. No es pintor de reyes o de infantas, ni de grandes momentos de la historia como Velázquez. Bien es verdad que Velázquez retrató a los monarcas de su arte sobre los enanos, idiotas y bobos, que retrato como si fueran dioses o, más bien, como seres que quienes lo divino resplandeciente. Velázquez, además, es un pintor único, ocupa un lugar aparte, ese que en las letras ocupa Cervantes y, en la escultura, el arte clásico de Grecia; es la perfección acabada de un arte, su absoluto. Mas, si hubiese pintado solo bobos e hilanderías, ¿se habrían inclinado ante él tan rápidamente? De otro lado está El Greco, que mal conocido durante mucho tiempo, se "puso de moda" en el primer decenio de este siglo; se "puso de moda" pues que se avenía muy bien a lo que su pintura da a ver inmediatamente —su macarra, diría yo— con los extremismos existenciales, con los delirios del espíritu de la primera mitad de este siglo.

Los cuadros de El Greco, con sus abismos de sombra y luz, integran con los de Velázquez —sus contrarios como estilo y como espíritu— el rostro histórico de aquella España Santos y ascetas, almas en trance de transfiguración de ascensión o de muerte. Caballeros con mirada de teólogo. Apóstoles de rostro enigmático, cuyas manos trazan signos que sugieren en el ánimo pertenecer quizá a otra religión celada o superviviente. Y ese *Entierro del Conde de Orgaz*, que debe encerrar algún secreto muy grave de España; un esencial suceso que se repite sin cesar, tal vez.

La pintura de El Greco presenta —y quizás de ahí le viene su atractivo, que no se apaga mas allá de la moda— conflictos, los conflictos de aquel momento que Americo Castro ha llamado tan certeramente la "edad conflictiva" de España. Conflicto de razas, las vencidas y la vencedora, que arrastra consigo el conflicto de las respectivas religiones. Conflictos dentro de la misma religión imperante, de tendencias, sectas, heterodoxias. Llama vino de fe sin duda, mas proyectando a veces y recibiendo otras, sombra de recelos y de sospechas. Angustia y temor rodeando la plegaria.

En Zurbarán no hay nada de esto, ni angustia ni temor, ni históricos encubrimientos. El vertigo de la historia no se hace sentir nunca. Sus personajes no pare-

cen guardar ningún secreto, ni estar queriendo decir otra cosa de lo que dicen. Mas lo que sucede es que eso que dicen con tanta entereza no es fácil de saber.

Pintó muchos frailes y muy pocos caballeros. Y esos frailes son hombres, hombres de una sola pieza. Si Unamuno los hubiera mirado habrían encontrado en ellos el prototipo de eso que a todos siempre buscando retratar "nada menos que todo un hombre". Sus santas son mujeres delicadas y puras como flores, de parte señorial, de un señorio ciertamente recóndito, íntimo. Los milagros que dan a ver esta pintura no se diferencian de lo cotidiano sino por una profundidad de la luz y no por un arrebatado. Lo sobrenatural sucede dentro, adentro de los seres y de la luz misma enismada. No pintó, pues, personajes históricos, sino seres. Pintó, en su modo quieto, cosas: cacharros, blancos mantiles, cestas con limones, jarras de agua, pan. La vida íntima de todos los días; la intimidad y simplicidad de seres y de cosas en su último misterio. Pero ello constituye una esencial revelación.

Pues el arte es un medio de conocimiento y de revelación. Los grandes, los creadores verdaderos, no pueden ser otros sino aquellos que, en cualquiera de las artes, hayan logrado revelar algo. Y la revelación del arte es siempre un misterio, pues que aunque de a conocer, a ver y a entender, a sentir más que nada misterio de la religión, lo hace al modo humano.

Zurbarán, en su pintura, abre las puertas de un mundo íntimo, secreto, del mundo cotidiano que vivimos sin dudar, condecorado por la historia, pero lo menos posible. A no ser que pensemos que la historia verdadera está ahí, en estos seres, en estos gestos iluminados por una luz enismada, por un amor que en vez de expresarse en palabras informa toda una vida, por esta gracia que se vierte en todo lo cotidiano.

La misma vida de Francisco de Zurbarán fue así, como sus cuadros. Muy mozo empezó a pintar en Sevilla, capital verdadera, aún hoy día, de la Extremadura, donde el naciencia de padres honestos y de modesta condición. Creo conocerlo familiarmente, porque el lugar donde nació está muy cerca de Fuente el Maestre, de donde procede desde hace siglos mi familia paterna. Ser señor allí era eso velar por el pueblo y no tener apenas dinero disponible. El dinero no tenía valor, si el ánimo, la bondad, la tradición, el innato señorio.

Zurbarán, a pesar de su inmensa obra, no tiene apenas biografía. Se caso, y por lo que no se sabe de su hogar debió de ser muy feliz, calmo y quieto. En su casa debió de tener ante los ojos constantemente esos jarras, esas fuentes, esas cestas con naranjas y limones, esas flores recién cortadas del huerto, colocados de modo espontáneamente armonioso sobre la mesa que tiene la gracia de ser eso: una mesa que sirve. Y al ser la mesa, resulta, en cierto modo, un altar.

Un ara donde, en vez de sacrificios, se deposita la ofrenda de cada día, el don del amor y de la gracia. Porque el sacrificio, si lo hay, no se nota, no es advertido porque nace del amor con la misma secreta simplicidad que el agua de su manantial, que el fruto de su árbol. Y desde muy temprano su fama de pintor se extendió como una marcha de aceite, suave y lentamente, indeleblemente también. Ante todo por los conventos, que eran entonces centros de consumo de obras de arte tanto o más que los palacios. El monasterio de Guadalupe guarda una serie de esplendidos retratos de monjes y cuadros de asuntos religiosos. La catedral de Sevilla, el Hospital de la Caridad, de la misma ciudad, fundado en aquel entonces por don Miguel de Manara, el caballero que sugirió en parte a Tiso el personaje de don Juan Tenorio. Una de las obras que este singular personaje le

Francisco de Zurbarán, Velázquez y el Greco: tres dimensiones universales de la pintura. La obra de Zurbarán es inmensa, enigmática, y en sus personajes asoma el rostro verdadero de un alma, de un hombre



Maria Zambrano, junto a José Angel Valente y José Miguel Ullán, en su casa de Le Prieur, Suiza, en 1969.

encargara al mismo tiempo que a Murillo joven - Zurbarán y en la madurez- fue la imagen de la Inmaculada Concepción.

En los personajes de Zurbarán se diría que asoma siempre el rostro verdadero de un alma, de un hombre. Almas y, todavía más aun, ánimos varoniles, aparecen en todos los retratos, en todas las humanas figuraciones de este pintor. Seres y cosas son aquello que son en la integridad de su esencia, de su sustancia. No ansían ser otras ni como otras, cada cosa es el cumplimiento de su propia promesa; su gracia no está en ser distintas, ni originales, ni siquiera bellas; está en ser fieles como si fueran creadas o nacidas más que hechas. Por eso están quietas: enismadas y ofreciéndose al par. Un ser contenido que se manifiesta y que sirve sin alterarse, como un acto de amor cumplido de una vez y para siempre.

Los seres humanos que Zurbarán nos ha legado tienen figura, rostro, tal como se dice en las Escrituras: peso, número, medida. Corazones gobernados por los astros. Almas, almas que han encarnado enteramente en unos cuerpos a los que informan. Y así, el cuerpo está sustancialmente con el alma y no lo oculta ni la desdice. Y el alma, a su vez, no lo abandona ni por un instante.

Son seres activos estos hombres, mercaderes ocupados en redimir castigos, de habito blanco, grises franciscanos, grises como la ceniza que recubre a un fuego continuo. Las mujeres, santas en su mayoria, llevan algo entre sus manos que ofrecen o que van a depositar a alguna parte. Podrían venir de alegrar la casa de un enfermo, de consolar al triste, de asistir al desvalido con el ademan de la gran dama que aparece a la casa para la visita del rey. Pero no, Santa Rosa lleva el contero, símbolo de su inocencia, la misma inocencia que le valió el martirio a Santa Agueda, según los cánones, los senos en el plato tal como le fueron arrancados. Y no hay en ellas traza alguna de la tortura ni del ultraje que sufrieron. El martirio ya pasó y de él solo ha quedado la ofrenda. «No es extraño y, al parecer, la cosa menos española este perecer sin sangre, sin desgarramiento, sin expresión trágica».

A diferencia de los mas grandes que España ha dado a la pintura, Zurbarán no ha pintado monstruos, torturas, sombras de muerte; reves fantasmals, cosas que anidan a su desgracia la de ser exilados de palacio, como el niño de Vallecas. Ni tampoco reos de muerte, ni autos de fe. No, Zurbarán solo los pintado la quietud en que quedan seres humanos y cosas cuando han cumplido o están todavía cumpliendo el proceso de ser. Es el único proceso que nos muestra, este que algunos hombres han de cumplir para ser de verdad algo para lo que han sido llamados. Un proceso que, sin duda alguna, implicará movimiento, mas un movimiento que no es traslación ni alteración. Un movimiento que se resuelve en ser y que es una calma profunda, quietud.

Todos los colores en Zurbarán: los tintes mas oscuros -creo recordar que no dio el negro: ese negro único de Velázquez-, desde los pardos grises a los amarillos, vienen a parar en el blanco. Esto si ha sido visto por algunos. El blanco, el inimitable blanco de Zurbarán a donde todos los colores van a dar, al modo de los rios en el mar. La inmensidad del blanco, la infinidad de un blanco que se hace así blancura. Esa blancura que en las clases de filosofía nos habían dicho que era invisible. Está aquí, en los blancos de Zurbarán y quizás este visible, no porque en verdad haya llegado a ese absoluto de la blancura, sino porque la anuncia. Todos los seres y cosas están en la cumplida promesa de ser ser, pues la blancura aparece envolviéndolos a todos en el misterio de la anunciación que los recoge y los trasciende.■